

Las insurrectas: cicatrices

Lluvia Beltrán

LES
editorial

Primera edición: noviembre de 2020

© Lluvia Beltrán, 2020

© Letras Raras Ediciones, S. L. U., 2020

© Tsukiko Kyomidzu, imagen original de portada, 2020

LES Editorial pertenece a Letras Raras Ediciones, S. L. U.

www.leseditorial.com

info@leseditorial.com

ISBN: 978-84-17829-30-8

Depósito legal: MU 722-2020

IBIC: FL

Impresión: Ulzama Digital

Impreso en España - *Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

⚠ Advertencia de contenido: violencia explícita y agresiones sexuales.

*A todas las mujeres que han estado,
están y estarán en mi vida.*

«Nos sentíamos a gusto en nuestro pellejo,
gozábamos con las informaciones
que nos transmitían nuestros sentidos,
admirábamos nuestra mugre,
cultivábamos nuestras cicatrices
y no podíamos comprender aquella indignidad».

TONI MORRISON, *Ojos azules*

Prólogo

Me dispongo a comenzar este relato que probablemente no llegue a formar parte de la memoria colectiva, pues solo soy una simple lavandera que un día tuvo la loca idea de autoproclamarse cronista. Me he prometido ser fiel para dejar constancia de los acontecimientos que tuvieron lugar durante una etapa de mi vida, quizá la más dura y significativa.

Fue hace años, cuando nuestra sociedad estaba demasiado podrida como para remontar, cuando las leyes creadas por unos cuantos, en su beneficio, habían destruido nuestros sueños y libertades, y nada parecía mejorar. Todo lo contrario. La lucha se basaba sobre todo en sobrevivir. No puedo precisar el momento en el que las cosas comenzaron a cambiar, cuándo la crisis global que había empobrecido de forma paulatina a ciertos países desembocó en una pobreza generalizada que nos hizo involucionar de forma acelerada e ir perdiendo todos los derechos que habíamos ganado en las últimas décadas.

Todos los avances sociales, tecnológicos e ideológicos se evaporaron de un manotazo. Y de nuevo, las mujeres fuimos condenadas al ostracismo, relegadas a las casas, al cuidado de las familias y a la servidumbre, convertidas en objetos... sometidas a lo que los dirigentes denominaban sin reparo alguno Ley heteropatriarcal.

Hubo mujeres que se rebelaron, muchas aunaron fuerzas y huyeron de las ciudades en busca de una vida mejor. Algunas formaron asentamientos mixtos en los que convivían en paz e igualdad. Otras decidieron luchar, sublevarse contra las nuevas leyes y ayudar a otras mujeres. Yo pertenecía a uno de esos grupos.

Lo que aquí quiero y puedo reflejar es lo que yo viví y lo que me contaron, lo que se murmuraba y lo que me confirmaron quienes lo vivieron en primera persona, pero también todo lo que descubrí gracias a los cuadernos de Ivy¹, sus crónicas, sus reflexiones. Quisiera enlazar con la mayor fidelidad posible todo lo que sucedió, hilarlo, y que no caiga en el olvido. Me he permitido algunas licencias narrativas para aportar dramatismo y para hacer esos enlaces de forma coherente y comprensible, sin que haya lugar a contradicciones o juicios sin fundamento. Creo que nuestra historia merece ser narrada, porque algo así no puede ni debe olvidarse, y porque explica cómo cambió nuestra percepción de la realidad y nuestra forma de afrontarla. Quiero contaros cuál es la verdadera historia de las insurrectas.

1. Pronunciado /'aivi/.

I

Los días en el campamento podían parecer en un principio rutinarios, sobre todo durante aquella época en la que nos habíamos asentado y las oficianas nos sentíamos seguras desempeñando nuestras labores mientras las guardianas y las guerreras vigilaban día y noche. Fue una etapa realmente tranquila. De vez en cuando las guerreras hacían expediciones a los albores de la ciudad, en alguna ocasión incluso se adentraron en la misma en busca de víveres y posibles liberaciones, y en mucho tiempo no tuvimos baja alguna, aunque sí algún que otro susto. Ivy, como líder, tenía muy bien organizadas a sus hermanas, como ella misma nos llamaba. Se podría decir que la propia Joanne, su mano derecha, se había relajado en sus obligaciones, a juzgar por aquel ceño que había dejado de arrugarse de forma constante. Incluso había comenzado a sonreír, cosa que a Ivy le seguía costando. Aunque orgullosa del grupo y satisfecha por que cada plan saliera bien, lo máximo que dibujaba en su rostro era una media sonrisa al tiempo que asentía con la cabeza, o te miraba con intensidad a los ojos mientras posaba una de sus manos sobre tu hombro y te dedicaba alguna palabra de aliento. Su actitud, a veces ruda y desafiante, a veces benévola, nos hacía no solo admirarla, sino sobre todo respetarla.

Ivy no era su nombre real. Alguna vez la escuché decir que a fuerza de negarlo había conseguido olvidar el que le dieron al nacer, y que prefería ser conocida por aquel alias, el que ella misma había elegido, ya que con él había vuelto a emerger. En cuanto a su edad, nadie lo sabía a ciencia cierta, ni siquiera ella, al igual que nos pasaba a muchas de nosotras. La mayoría apenas sabíamos leer en aquel tiempo, y nos iba justo ser capaces de echar cálculos a la época en la que habíamos nacido, o discernir en qué década podíamos encontrarnos. En cuanto a su pasado, Ivy había decidido borrarlo a golpe de ejercicio, determinación e insurrección, pasando de ser una mera esclava como muchas de nosotras a una suerte de guerrera, llena de rencor hacia los hombres, «obsesionada con liberar a las mujeres y derrocar la dictadura heteropatriarcal», como ella misma aseguraba. Con el tiempo se habían ido apagando su afán libertador y sus ganas de cambiar el mundo, pero no así sus creencias ni su instinto protector hacia nosotras. Y estábamos convencidas de que tarde o temprano también se disiparía todo su rencor.

Ivy era alta y atlética, morena y de ojos oscuros. Aunque al principio de formar el grupo llevaba el pelo largo, pronto decidió cortárselo para que no le molestara en la lucha, pero eso sí: manteniendo largo el flequillo para poder esconder parte de su rostro, en concreto el lado izquierdo, aquel en el que una cicatriz cruzaba desde la sien hasta la barbilla. Era obvio para todas lo mucho que aquella marca avergonzaba a nuestra líder, puesto que le recordaba el infierno por el que había pasado. De este y de todo lo que se le pasaba por la cabeza, parte de sus sentimientos, de sus inquietudes y de sus planes, solo pudimos saberlo gracias a unos diarios que de forma estricta y rutinaria escribió cada día al caer la noche. Eran su bitácora y en ella analizaba lo acaecido a lo largo de la jornada, a lo que de vez en cuando añadía alguno de sus pensamientos o sensaciones. Las crónicas de Ivy comenzaban en los primeros días de insurrección, cuando Joanne y ella consiguieron liberar al primer grupo de mujeres. Así conocimos su historia, la de las dos, cómo se conocieron y cómo y por qué fundaron este campamento.

En cuanto a Joanne, poco se podía decir de ella más allá de sus rasgos físicos, más agraciados que los de su compañera. De origen oriental, era una mujer morena de ojos rasgados y grises, mirada fría y sonrisa cautivadora. Nunca quiso contarnos a fondo su historia, siempre sostuvo que su vida había empezado en el momento en el que escapó de la ciudad. Sobre sus sentimientos y su raciocinio, nuestro juicio provenía de sus propias acciones.

Volviendo a las misiones, hubo un día en el que nuestra tranquilidad de pronto se quebró como consecuencia de una serie de nuevos allegados que a punto estuvieron de desestabilizar nuestra pequeña sociedad. Aquel fue el comienzo del cambio en el rumbo de nuestra historia, lo que rompió la monotonía y a la vez nos abrió los ojos.

Lo primero, y tal vez más determinante, fue la aparición de Kora.

Las guardianas la encontraron desorientada y en estado de *shock* vagando por la colina. O mejor dicho: encontraron lo que parecía un joven monje, ataviado con un poncho marrón, con la cabeza tapada y sin pertenencia alguna consigo. Martina, pupila de Joanne, fue la primera en salirle al paso y, sin darle tiempo a reaccionar o poder defenderse, noqueó a aquella especie de fraile, derribándolo y dejándolo indefenso, inmovilizado bajo su propio cuerpo. Martina imponía, por su volumen y su fuerza, también porque solía actuar con la cabeza tapada y amenazaba a sus adversarios con una lanza de madera que ella misma había fabricado. Según nos contó, sostuvo la hoja de su arma sobre el cuello de aquel monje y le preguntó quién era. Lo escuchó sollozar, y mientras esperaba su respuesta, se dio cuenta de que aquel cuello temblaba, incluso le vino un ligero olor a orín. Podía verle parte de la cara y le pareció que se trataba de un crío, el cual consiguió sollozar: «No me hagas daño, te lo suplico». Martina volvió a preguntarle quién era, pero su presa estaba tan asustada que no pudo responder con lucidez, solo alcanzaba a suplicarle por su vida.

Sin dejar de descargar todo su peso sobre aquel cuerpo, la vigilante consiguió destaparle del todo la cara, confirmó que se

trataba de un joven de rasgos delicados, pelo color paja y corto, despeinado, ojos pequeños y piel sonrosada; su rostro estaba inundado de lágrimas mezcladas con restos de barro y lo que podía ser sangre. El monje trató de mirarla a los ojos al tiempo que balbuceaba. En un acto de humanidad, algo muy extremo en su caso, Martina se destapó el rostro, pensando que aquel crío tenía derecho a conocer el aspecto de quien estaba a punto de sesgarle la yugular. Los ojos de su víctima se abrieron como platos, tomó aire y aseguró algo que hizo dudar a su opresora: «Soy una mujer, soy mujer...». Martina, sin embargo, no le creyó, agarró con fuerza su lanza y le pidió que no se moviera. El intruso cerró los ojos con fuerza al tiempo que asentía y luchaba por contener el gorgoteo de sus súplicas. Aguantó estoicamente que la guardiana la manoseara de forma rápida por encima del poncho, apretando, por supuesto, la zona de su sexo lo primero. Notó las ropas húmedas y ningún bulto que le hiciera sospechar; introdujo entonces la mano por debajo del abrigo y tanteó por entre aquel ropaje, al tiempo que sin querer clavaba un poco más la punta de la lanza en el cuello de su víctima, que empezó a quejarse y a suplicar de nuevo.

En un acto impulsivo, desconcertada, Martina se levantó de un salto y retiró la lanza sin dejar de amenazarla con ella. «Tenía que comprobarlo», aseguró a modo de disculpa. Le preguntó su nombre, pero su víctima estaba tan entumecida y aún asustada que fue incapaz de responder. Nos habían lavado tanto el cerebro durante los años de obediencia al Gobierno que en aquella época estábamos llenas de antiguos clichés, como que las mujeres teníamos que reunir una serie de características físicas que nos definían, y por eso necesitábamos cerciorarnos de la forma más básica, por mucho que nos incomodara.

Martina apareció en el campamento con aquella muchacha que incluso a las demás nos pareció un eunuco a primera vista. Le había vendado los ojos con un jirón de tela para que no viera por dónde la llevaba. Se lo quitó cuando todas habíamos hecho un corrillo a su alrededor. El chico, que era una chica, parpadeó como si no pudiera ver, o como si no fuera capaz de asimilar lo

que estaba sucediendo. Todas guardamos silencio y esperamos a que una de las líderes se hiciera cargo de la situación. Fue Joanne, ya que Ivy estaba en su turno de vigilancia.

Nuestra capitana llegó hasta la recién llegada, le levantó la barbilla para que la mirara a los ojos y le preguntó su nombre. «Kora», respondió la muchacha. Con voz suave y pacificadora, le pidió que le contara de dónde venía, el motivo por el que vestía como un monje y por qué parecía fingir ser un chico. Pero Kora estaba demasiado asustada aún. Todas comprendimos que necesitaba respirar, reaccionar, asimilar que su captora le había perdonado la vida por ser mujer. Joanne pidió que diéramos agua a aquella joven y un lugar donde poder descansar hasta que recuperara el aliento. Marlene, nuestra gruesa cocinera, rodeó a Kora por los hombros con sus brazos fornidos y le pidió que la acompañara. Fue ella quien le dio de beber, la lavó y cambió sus ropas empapadas de orín en su propia tienda. Marlene era la persona ideal para que la recién llegada pudiera empezar a encontrarse un poco mejor después del susto.

«Ya está más tranquila y quiere hablar contigo», avisó la cocinera a Joanne algo más tarde.

Según el relato de Kora, había vivido hasta hacía poco bajo la protección de su padre, quien en absoluto había querido acatar las leyes imperantes, deseando que su hija fuera libre y decidiera su propio destino; por eso, la había criado como a un muchacho ante los ojos de los demás. El plan había funcionado, hasta que un vecino descubrió que bajo aquella ropa había comenzado a desarrollarse el cuerpo de una mujer. Entonces alertó a los comandos patrulla. El progenitor, en un intento desesperado por evitar que se llevaran a su hija, huyó con ella hacia la zona marginal de la ciudad, en donde creyó que los vagabundos podrían ayudarles a esconderse. No encontraron ayuda alguna, nadie quería arriesgar su vida y menos por una desconocida. Acabaron escondidos en el sótano de una iglesia abandonada, donde hallaron algunas ropas roídas, las mismas con las que Martina la había encontrado. Su padre le hizo prometer que haría todo lo posible por mantenerse a salvo, que huiría hacia las colinas, le

habló de que allí se ocultaban grupos de mujeres que vivían en clandestinidad y que podrían ayudarla. Él quería la libertad para ella, y para eso estaba dispuesto a arriesgar su propia vida. Así lo hizo, a pesar de las súplicas y el llanto de su hija. El hombre salió de su escondite y trató de despistar a las patrullas para que ella pudiera huir sin mirar atrás.

Según Joanne, Kora le relató todo aquel episodio con aparente entereza, hasta que dudosa por la suerte que había podido correr su padre, se derrumbó de nuevo y le suplicó que la ayudara.

—Escucha, hermana, sé que estás preocupada por lo que haya podido pasarle, pero nosotras no podemos hacer nada por él. No podemos ir a rescatarlo, esto no funciona así, no voy a arriesgar la vida de mis guerreras por un varón. En cambio, podemos ayudar a que cumplas tu promesa de sobrevivir, te acogeremos hasta que estés recuperada y puedas decidir entre buscar otro lugar, otro grupo nómada, o unirse a nosotras.

Kora no respondió al instante. Tras unos segundos, asintió y dijo con voz ronca: «Me recuperaré y seré yo quien vuelva a por él».

A Joanne no le gustó en absoluto su afirmación, pero pensó que era libre de emprender su propia lucha.

Cuando Ivy volvió al campamento y tuvo conocimiento de lo sucedido, insistió en ver a la recién llegada y explicarle cuál era nuestra situación, lo que hacía nuestro grupo y por qué ella no encajaba si su fin era regresar a la ciudad para ayudar a su padre. Nuestra líder rechazaba todo aquello que pudiera poner en peligro lo más mínimo nuestra estabilidad.

Según el testimonio de Marlene, Kora agachó la mirada al ver a Ivy entrar en escena, asustada, impresionada tal vez por su presencia, y fue incapaz de mirarla a la cara mientras ella le hablaba, solo asintió y acató todo lo que le dijo.

Frente a frente, la muchacha le llegaba a la líder a la altura de la nariz, pero tener la cabeza gacha le hacía parecer más pequeña, indefensa y atemorizada si cabe. Ivy odiaba que una mujer le manifestara aquel desasosiego aun cuando se mostraba

dispuesta a ayudarla. Porque para ella era un desprecio a su voluntad liberadora.

La mujer estuvo segura de que a la joven le había impresionado la cicatriz de su rostro, que tal vez había pensado de ella que era una especie de monstruo al que no se le podía llevar la contraria. Era lo que solía pasar. A todas nos había pasado al primer contacto con ella. No es que pensáramos que fuera un monstruo, como ella creía, sino que aquella cicatriz nos hacía temerla, sospechando que su carácter pudiera ir acorde a su deformidad.

Sabiendo de sus intenciones de volver a la ciudad una vez hubiera recuperado las fuerzas, Ivy le explicó que el grupo se mantenía a salvo a base de confianza, respeto y lucha, que nunca nos pondría en peligro por varón alguno, y que si lo que quería era regresar a por su padre, le podríamos proporcionar algunos víveres y agua para su propia supervivencia, pero que no la ayudaríamos. Kora acató.

No sé en qué momento la muchacha cambió de opinión con respecto a su lucha interna.